



COLABORACIÓN | Julia María Romo Guevara, alumna del séptimo semestre de Estudios del Arte y Gestión Cultural; coordinadora de Cuir UAA. En México, la lucha libre es mucho más que un simple espectáculo deportivo. Se trata de un ritual popular que combina destreza física, teatralidad y simbolismo social. En cada función, luchadores encarnan narrativas de justicia, resistencia y pertenencia que resuenan con el público. Este artículo analiza la relación entre la lucha libre mexicana y la cultura queer, mostrando cómo, desde mediados del siglo XX hasta la actualidad, el cuadrilátero ha sido un espacio de expresión para identidades disidentes y un escenario de resistencia frente a las normas de género y sexualidad. La lucha libre mexicana surgió en las primeras décadas del siglo XX y rápidamente se convirtió en uno de los deportes-espectáculo más populares del país. Más allá de las acrobacias y llaves, el ring se transformó en un espacio catártico donde se dramatizan conflictos sociales. Cada función es una puesta en escena donde el público interactúa con los personajes, proyectando en ellos aspiraciones, miedos y resistencias. En la década de 1940 emergió un personaje clave: Gardenia Davis. Alto, fornido y con estilo ecléctico, Davis llegaba acompañado de un cuerpo de ballet femenino que desinfectaba el ring, los asientos de primera fila e incluso a sus rivales. Regalaba gardenias al público femenino y se tomaba pausas en el combate para retocarse el peinado. Esta teatralidad no restaba dureza a su desempeño; al contrario, el público lo admiraba por su rudeza y técnica. De su estilo derivó el término “exótico”, categoría que inicialmente aludía a luchadores varoniles, vanidosos y glamorosos, sin connotación explícita sobre su orientación sexual. Davis se convirtió en referente y abrió camino a otros. El cine de oro mexicano reflejó este arquetipo con personajes como “Lalo el Exótico”, “El Bello Califa” y “El Bello Greco”. El cuadrilátero se volvió así un espacio de cuestionamiento de los roles de género hegemónicos de la época. En décadas posteriores surgieron luchadores con estéticas todavía más provocativas: maquillaje, peinados elaborados, vestuarios llamativos y movimientos que desafiaban los códigos tradicionales (como besar en los labios al contrincante). Figuras como Cassandro, Baby Sharon, My Flowers, Pimpinela Escarlata y Rudy Reina, provenientes en su mayoría del histórico Toreo de Cuatro Caminos, hicieron pública de forma más abierta su identidad y orientación sexual. Aunque enfrentaron discriminación y burlas, también conquistaron al público con su talento y carisma. Su presencia demostró que la diversidad sexual y de género no es incompatible con la rudeza y la excelencia deportiva. Este cambio de paradigma ofreció a la comunidad LGBT+ referentes positivos y visibles en un espacio tradicionalmente dominado por la masculinidad hegemónica. Con el tiempo, más luchadores abrazaron su sexualidad y la hicieron visible. Surgieron nombres como Pasión Cristal, Dulce Canela, Mamba, Jessie Ventura, Demasiado y Estrella Divina, entre otros. Todos ellos han demostrado que el cuadrilátero puede ser un escenario de orgullo y reivindicación, al tiempo que mantienen un alto nivel deportivo y artístico. En años recientes ha surgido *LuchaTrans*, proyecto que fusiona la cultura del pancracio con la escena *ballroom* y busca abrir espacios seguros para personas trans y aliadas. Nacido en Ciudad de México hace tres años, responde a la persistente misoginia y machismo en la lucha libre. Como señaló Estrella Divina en

entrevista para Once Noticias: *“LuchaTrans nace de una necesidad, de que, en el deporte, la lucha libre mexicana es un deporte altamente misógino y machista, en el cual no se habla del tema trans”*. Aunque ha logrado buena aceptación, el proyecto también ha enfrentado discriminación.

“LuchaTrans 3” fue cancelado en el Coliseo Morelos bajo el argumento de no ser “apto para todo el público”. Ante ello, lxs organizadores acudieron a la Asociación Nacional del Deporte LGBT (ANADE) y, con respaldo de la alcaldía Venustiano Carranza, realizaron la función en la fecha prevista. Este episodio muestra tanto los obstáculos persistentes como la capacidad de organización y resistencia de sus protagonistas. El carácter participativo de la lucha libre convierte cada función en un espejo social. El público, al interactuar con personajes queer y exóticos, se expone a identidades no normativas que desafían los estereotipos. Gestos exagerados, vestimentas no convencionales y la mezcla de danza con combate cuestionan en vivo los códigos de masculinidad, poder y deseo. Para muchxs jóvenes LGBT+, ver a luchadores como Cassandra o Pimpinela Escarlata triunfar en el cuadrilátero ha significado un mensaje claro: la diferencia no es debilidad, sino una forma de fuerza. El ring se transforma así en un espacio de visibilidad, admiración y celebración de la diversidad. En un país donde la discriminación y la violencia contra las personas LGBT+ siguen presentes, los y las luchadoras queer y trans suben al ring no solo para disputar un combate, sino para defender su derecho a existir y a ser visibles. Cada función es un acto de resistencia; cada máscara, un símbolo de identidad; cada llave y cada vuelo, una metáfora del esfuerzo por superar los prejuicios. Estos deportistas son referentes de coraje y resiliencia. Su lucha diaria trasciende el espectáculo: implica entrenamientos duros, enfrentar críticas y discriminación, y al mismo tiempo mantener la calidad artística y deportiva que el público exige. Son prueba de que la visibilidad y el talento pueden convivir y fortalecerse mutuamente. La lucha libre mexicana, con su mezcla única de deporte, performance y folclor, ha dado cabida a una expresión queer que desafía los moldes tradicionales y ofrece nuevos imaginarios de fuerza, belleza y valentía. Gardenia Davis, los exóticos pioneros, Cassandra y las generaciones actuales de luchadores LGBT+ y trans son eslabones de una misma cadena de resistencia que comenzó hace décadas y que hoy sigue vigente en proyectos como *LuchaTrans*. Bajo la máscara no solo hay un personaje: hay historias de vida, luchas personales y colectivas, y una voluntad inquebrantable de cambiar la narrativa dominante. Así, cada noche de lucha libre puede ser más que entretenimiento, es una celebración de la diversidad, un grito contra la discriminación y un homenaje a quienes, desde el cuadrilátero, demuestran que la resistencia también se libra con fuerza, con gracia y con orgullo. **Referencias:**

- Armando Bartra (2017). El ritual del ring: historia y mito de la lucha libre mexicana.
- Entrevista a Estrella Divina, Once Noticias (2023).
- Crónica de Cassandra en The New York Times (2021).